

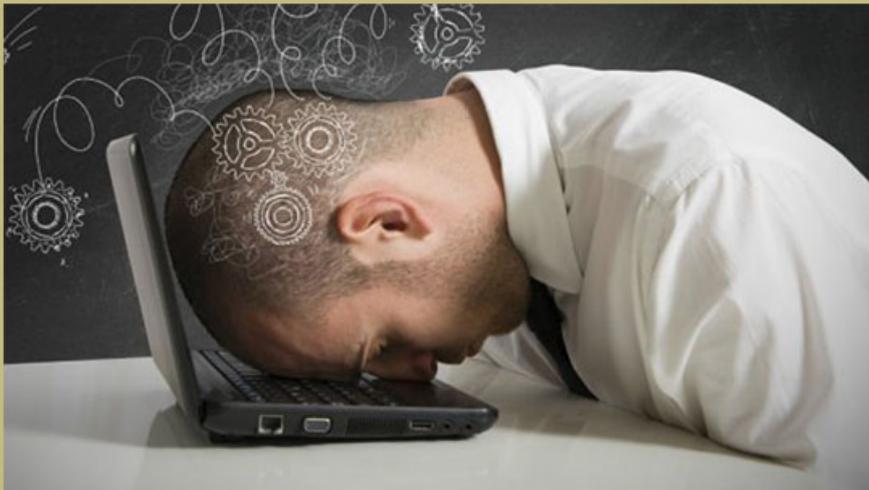
El hombre que hablaba con las máquinas - 01 -
KM1242

Por Paco Pérez Caballero

El hombre que hablaba con las máquinas

KM1242

Por Paco Pérez Caballero



me gusta escribir

Capítulo 1

El hombre que hablaba con las máquinas

KM1242

Por Paco Pérez Caballero

En un rincón casi olvidado de la fábrica, donde sólo de vez en cuando alguien entraba a buscar herramientas o repuestos de papel higiénico, se encontraba KM1242, una máquina pequeña, naranja y negra, cuya única misión en la vida era dar la temperatura de cinco cámaras de congelación que se encontraban situadas en otro punto de la fábrica y KM1242 tenía extendidos dedos como cables como dedos que llegaban hasta el frío interior de las cámaras a treinta grados bajo cero. Pero KM1242 llevaba mucho mucho tiempo sin dar la temperatura para nadie, porque hablaba un idioma tan remoto que ninguna persona viva que no estuviera encerrada en un asilo era capaz de entender. Bueno, en realidad sí que había una persona que podía hacerlo, pero KM1242 ni siquiera lo sospechaba, la posibilidad de que esa persona encontrara a KM1242 era prácticamente inexistente. Se resignaba a su mudo destino.

Esa persona es Blídimin, un científico poeta que con el tiempo había descubierto que las máquinas le hablaban y le contaban sus penas y sus secretos, y se reían con él, porque Blídimin, que tenía buen corazón, no podía dejar sufrir a una máquina si veía que tenía problemas, era superior a sus fuerzas.

El caso es que un día llamaron a Blídimin para que acudiera a la fábrica a hablar con un ordenador que desde hacía unos días se negaba a hacer su trabajo. Ese ordenador se llamaba AMDK62. Cuando Blídimin llegó a la fábrica lo primero que le llamó la atención es que estaba toda pintada de verde, parecía que hubieran traído un campo de olivos, y lo hubieran frotado a fondo por el interior de la fábrica, donde se habían quedado pegados todos sus colores. Pero no había ningún olivo, claro.

Blídimin subió unas escaleras verdes y entró en el despacho blanco donde se encontraba AMDK62 en silencio. El despacho blanco era la nota de color en la fábrica verde, y eso que el blanco no es ningún color. Bien, pues Blídimin se sentó frente a AMDK62 y lo observó atentamente, mientras el ordenador se hacía el indiferente, porque no sabía quién se le había sentado delante, porque otra cosa que le pasaba a AMDK62 es que no estaba conectado a Internet, así que estaba bastante desinformado y por eso no reconoció a Blídimin, si no, hubiera reído carcajadas felices desde que él entro por la puerta. Entonces Blídimin le preguntó que qué le pasaba y AMDK62 no pudo disimular su sorpresa por haber oído y entendido perfectamente la pregunta, porque las personas que se sentaban delante a pedirle que hiciera lo que tenía que hacer sólo sabían pronunciar unas pocas palabras y sin embargo este hombre hablaba tan

correctamente como si fuera un ordenador de su misma generación. AMDK62 sólo pudo decirle por señas que se había quedado mudo desde hacía unos días y que le dolía terriblemente la cabeza. Blídimin asintió comprendiendo al instante cuál era el problema. El ordenador no salía de su asombro, ¡le había entendido a la primera!, ¡y eso que estaba mudo y sólo se lo había podido decir por señas! ¿Quién demonios era este humano? Así que Blídimin desatornilló parte del cuerpo del ordenador y AMDK62 comprendió por la forma en que le tocaba y la suavidad con que le tumbaba sobre la mesa para reparar sus circuitos, que este humano sería su amigo para siempre y que se lo contaría a todos los humanos y máquinas que quisieran escucharlo. Blídimin extrajo una pieza de su interior, la olfateó y arrugando la nariz la lanzó a la papelera. Abrió su maletín, cogió otra pieza igual pero de colores verdes y dorados aún por estrenar, reluciente y con cuidado pero con seguridad la sustituyó por la que producía esos dolores de cabeza a AMDK62. Lo incorporó, volvió a atornillarle todas las piezas y le preguntó qué tal se encontraba. A AMDK62 le llegaba la sonrisa de oreja a oreja y eso que no tenía orejas. Los dolores habían desaparecido y volvía a funcionar a la perfección, no podía parar de darle las gracias con enorme respeto a Blídimin, que a su vez le dijo que había sido un placer poder devolverle el habla y conocerle.

Blídimin bajó las escaleras verdes y fue al aseo a enjabonarse las manos. Cuando terminó, con las manos mojadas, miró a un lado y a otro en busca de algo con qué secarse, pero no había ni toallas, cosa impensable en Betelgeuse, por ejemplo, ni aire caliente ni nada. Alguien desde el pasillo, que seguramente esperaba impaciente para entrar, intuyendo lo que pasaba le dijo en voz alta, si se ha acabado el papel tendrás que subir a la habitación de Mantenimiento a buscar un rollo. Así que dejando un rastro de gotitas de agua en cada peldaño de la escalera verde, subió a buscar la habitación y un rollo de toallas de papel. La habitación, verde también, estaba atestada de herramientas, latas de todos los colores, botes, y, por fin, rollos de papel de varios tamaños. Cogió un rollo de toallas y se secó las manos que de todas formas ya estaban casi secas. Mientras se frotaba las manos con el papel observó que una pequeña máquina, naranja y negra le observaba atentamente y en silencio desde un rincón, se encontraba en una mesita a la que llegaba un manojo de cables. Era KM1242.

—Hola —dijo Blídimin, acercándose a ella. KM1242 no respondió pero no dejó de observarle.

—¿Qué te pasa, por qué no dices nada? —preguntó Blídimin.

—Es que nunca nadie había hablado conmigo, por lo menos desde que yo recuerdo —respondió tímidamente KM1242.

—¿Qué haces tú aquí? —siguió preguntando Blídimin.

—Informo de la temperatura de cinco cámaras de congelación — se animó a responder KM1242 — pero ya hace mucho tiempo que nadie me lo pide, simplemente se me quedan mirando con cara rara, me toquetean las teclas y se marchan resoplando. No sé por qué.

—Veo que no sabes qué hora es ni en qué fecha estamos, ¿verdad?

—Nadie me lo ha dicho nunca.

Blídimin, pulsó varias teclas que emitieron pitiditos y, mientras tiraba la toalla de papel a una papelera, le dijo:

—Bueno, ¿qué te parece?

—Que es una fecha muy bonita —dijo sonriendo KM1242.

—Y ahora vamos a ver, te voy a colocar este rollito de papel para imprimir y averiguaremos qué te ocurre.

KM1242 se dejó hacer ronroneando de placer en las expertas manos de Blídimin. Cuando estuvo todo listo, Blídimin le preguntó la temperatura de la cámara número uno y KM1242, con un ruidito de su pequeño cabezal de impresión lo escribió con caracteres perfectos y nítidos sobre el papel a continuación de la fecha y la hora que ahora ya sabía. Sonreía ampliamente. Blídimin siguió pulsando las teclas de KM1242 y absolutamente satisfecho imprimió la temperatura de una, dos, tres, cuatro y cinco cámaras de congelación, las imprimió cada treinta segundos, cada minuto, en grados Celsius y Fahrenheit. Al final la dejó programada para que imprimiera la temperatura cada hora.

—Hasta otro día KM1242, me alegro de haberte conocido — se despidió Blídimin.

—Muchísimas gracias — dijo KM1242 — creí que nunca más volvería a funcionar.

—Para que veas las sorpresas que se lleva uno — dijo Blídimin sonriendo y levantado la mano en señal de saludo.

Mientras estaba en el despacho de Contabilidad rellenando el albarán y esperando para cobrar, le preguntó a la señorita que se encontraba tras la mesa acompañada de un hermoso ordenador, orondo y con cara saludable:

—¿Qué le ocurre a la máquina que hay en la habitación de

Mantenimiento?

—Nada, que no funciona, un día de estos la tiraremos a la basura. —El hermoso ordenador no pudo menos que fruncir levemente el ceño sin dejar de hacer lo que estaba haciendo.

—Bueno, quizá no haga falta —contestó Blídimin, dirigiendo una leve sonrisa al ordenador que le miraba de reojo.

La señorita sonrió sin entender muy bien, le pagó lo que le debía y le agradeció cortésmente que hubiera arreglado a AMDK62.

Blídimin le dio las gracias y se marchó silbando mientras bajaba las escaleras verdes en dirección a la salida.